

E N S E Ñ A N Z A S U P E R I O R

La educación de tercer grado o de nivel superior se viene realizando principalmente en las instituciones universitarias.

La palabra latina *universitas*, antecedente inmediato del vocablo *universidad*, se aplicó en la Edad Media, especialmente desde finales del siglo XIII, a la corporación de maestros y estudiantes.

Antes de emplear la palabra *universitas* para designar la corporación de maestros y estudiantes dedicados a los estudios en su más alto nivel, se empleó la expresión *studium generale*, con la cual se quería designar una institución de enseñanza de nivel superior que podía acoger estudiantes de cualquier parte del mundo.

En los primeros siglos de la Edad Media la transmisión de la cultura en Occidente fue una tarea a la cual se dedicaban únicamente las escuelas monásticas. Más adelante, las escuelas parroquiales y catedrales vendrían a unirse a la acción de los monjes para custodiar y transmitir la cultura. Claro está que, dado el carácter de estas instituciones, la cultura misma y la enseñanza tenían un matiz marcadamente clerical. La educación secular se realizaba en las escuelas palatinas o en los castillos, que a veces constituían un modo de núcleo de cultura, y también en las escuelas municipales y gremiales.

El desarrollo de la cultura, especialmente en materias teológicas, filosóficas, jurídicas y médicas, así como la progresiva comunicación entre los distintos pueblos de Europa, determinaron el nacimiento de las universidades. La institución universitaria significó, de una parte, una estructuración más clara de la ciencia y de la enseñanza, y, de otra parte, una ampliación de la comunidad cultural, que desde entonces iba a recibir gentes de cualquier país. En el orden político y social, las universidades iban a pasar a depender de las autoridades más altas; en el terreno eclesiástico, pasarían de la dependencia abacial o episcopal a la dependencia pontificia, y en el orden secular, a la dependencia del rey.

A lo largo de toda la baja Edad Media, las universidades de París, Bolonia, Oxford y Salamanca fueron las de más prestigio en el mundo.

Con el Renacimiento y el humanismo las universidades se extendieron considerablemente. En el siglo XVIII iban a encontrarse en una crisis planteada por el conflicto entre la cultura tradicional, predominantemente religiosa y especulativa, y la llamada cultura moderna, predominantemente secular y empírica. La pretensión de introducir en los estudios de nivel superior las ciencias experimentales, iba a disminuir el carácter humanístico de los estudios universitarios. Se iba preparando el camino para que la finalidad de la universidad, en lugar de ser la de preparar hombres, fuera más bien la de preparar científicos o profesionales.

La modificación de la finalidad universitaria se hizo patente en el siglo XIX, en el cual la influencia francesa—napoleónica principalmente—llevó a las universidades la preocupación por formar profesionales y funcionarios, mientras que en Alemania la universidad iba a tener como finalidad predominante la formación de científicos. La universidad moderna, científica, de la cual el más típico ejemplo es Berlín, vino a compartir la primacía con la universidad tradicional, representada por la de Oxford.

En la idea moderna de universidad, la ciencia comenzó a ocupar su puesto al lado de la formación moral, y la investigación al lado de la enseñanza. En los países latinos,

las viejas universidades se transformaron en instituciones a las que se iba a adquirir una determinada formación profesional y a obtener el título que capacitara socialmente para el ejercicio de tal profesión.

En el siglo xx, los cambios políticos y sociales y la evolución de la técnica han determinado la aparición de otros tipos de universidad, en los cuales las finalidades antes mencionadas vienen a complicarse con la preocupación por la formación política y la formación técnica. Podemos—con todas las salvedades que han de hacerse a las generalizaciones—señalar en la actualidad las siguientes finalidades, que en cierto modo determinan otros tantos tipos de universidad :

— Formación superior del hombre con vocación intelectual. Dado que el cultivo de la inteligencia es la base de la capacidad directiva en el hombre, podemos identificar con esta finalidad la formación de personalidades rectoras en la vida social. Esta fue la preocupación primordial de los primeros fundadores de universidades, y donde parece que pervive más acusadamente es en las universidades colegiales inglesas.

— Formación profesional o preparación para las llamadas profesiones liberales, finalidad de espíritu marcadamente francés, pero recogida en todas las universidades ¹.

— Iniciación en las investigaciones científicas como preparación de futuros investigadores, tendencia iniciada en el siglo xix en Alemania y constitutiva de las universidades modernas.

— La extensión de la cultura a toda la masa social y la formación de hombres de iniciativa, es decir, hombres con una formación intelectual superior que les permita obrar originalmente en el campo de la técnica y también en el campo de la acción social y política. La universidad democrática de los Estados Unidos responde primordialmente a esta finalidad.

¹ La formación profesional, aunque no sea el fin principal de la universidad, es el que aparece de un modo más concreto, y también es el móvil que lleva más estudiantes a la universidad.

— Por último, nos encontramos también con un tipo de universidad que pudiera llamarse dogmático-política, la universidad comunista, cuya principal función es la formación de técnicos que sepan desenvolverse con capacidad directiva en el mundo laboral, y que al mismo tiempo, en el campo social y ético, sepan comportarse de acuerdo con la moral comunista, como fieles súbditos del Estado en el cual tiene razón de ser la vida humana, según la doctrina marxista.

OBJETIVOS DE LA EDUCACIÓN UNIVERSITARIA.

El fin general de la enseñanza universitaria es la formación de personas con vocación de hacer efectivo el oficio personal y social de la inteligencia, así como la incorporación de los avances científicos como factores de la elevación cultural del país.

Este fin general de la enseñanza universitaria se cumple a través de los siguientes objetivos:

a) Adquisición de una cultura superior en un dominio científico determinado que permita al sujeto seguir después personalmente cualquier avance de la ciencia en cuestión.

b) Adquisición de la cultura general y especializada que sirva de base para el ejercicio de una actividad que exija alta calificación intelectual.

c) Desarrollo de la capacidad de trabajo intelectual y técnicas de estudio que permitan la dedicación a la investigación científica.

— Formación moral que desemboque en una conducta ejemplar en el marco de la vida personal y social.

— Formación del sentido y de la conciencia sociales, que se reflejan en el espíritu de iniciativa y en la capacidad de dirección social.

— Orientación escolar que permita a los alumnos elegir las materias y las técnicas de estudio más adecuadas a sus condiciones personales.

— Orientación profesional que permita a los universita-

rios elegir la especialidad profesional y la modalidad de un ejercicio más adecuado a sus condiciones personales y a las necesidades de la sociedad.

— Formación profesional que le capacite para el ejercicio de una profesión intelectual o técnica de nivel superior.

— Desarrollo de la sensibilidad estética y cultural que haga posible relacionar ambas manifestaciones de la vida con el campo científico cultivado por el universitario.

— Formación de la conciencia y hábitos de la vida religiosa y moral que comprenda las bases teológicas de la religión y sus aplicaciones a la vida profesional y social.

ELEMENTOS PERSONALES: ALUMNOS Y PROFESORES.

Hasta el momento presente, los alumnos de la universidad o enseñanza superior constituían una minoría seleccionada dentro del campo total de la juventud. Porcentajes reducidos, como el 1 ó el 2, son índices que en muchos países señalan la proporción de habitantes que reciben formación universitaria. Esta limitación de alumnos responde al concepto selectivo y aristocrático de la institución universitaria.

Pero en los tiempos actuales estamos asistiendo a un crecimiento rapidísimo del alumnado de la enseñanza superior: son ya bastantes las universidades cuyo número de alumnos llega a contarse por decenas de miles. Este aumento es índice del creciente afán de cultura y formación profesional, mientras se prepara un cambio en el concepto mismo de *universidad*, que tal vez tenga que dejar de ser una institución para pocos, como ha venido siendo hasta ahora, y transformarse en una institución a la que pueda acceder toda la juventud de un país.

De todas suertes, sea una institución para muchos o para pocos, el alumnado de la universidad debe demostrar dos cosas para poder participar eficazmente en la vida universitaria: una suficiente capacidad intelectual y la posesión de una base cultural que le haga inmediatamente apto

para los estudios superiores. Salvando los casos de alumnos de actividades para-universitarias, como cursos nocturnos y de extensión cultural, los alumnos ordinarios de todas las universidades han de haber cursado previamente el nivel de educación de segundo grado.

Ante la demanda creciente de ingreso en la universidad, se plantea en estos tiempos el problema de: o recibir a todos los alumnos que quieran ir a la universidad y demuestren condiciones suficientes para ello, en cuyo caso la institución universitaria corre el riesgo de convertirse en un centro masivo, incapaz de atender adecuadamente a la formación cultural y personal de sus alumnos, o bien establecer un número limitado de puestos de enseñanza, para cubrir los cuales se establezcan unas condiciones en las que el aspirante no sólo tenga que demostrar hallarse en condiciones suficientes de participar en la vida universitaria, sino que ha de demostrar su superioridad respecto de los otros candidatos a ingreso.

En términos generales, se puede considerar que las universidades estatales tienen abiertas sus puertas a todos los que quieran ingresar en ella y demuestren las suficientes condiciones, mientras que las universidades de tipo colegial y privado mantienen un número limitado de escolares.

Cada una de las mencionadas soluciones tiene su valor y limitaciones. La primera, la aceptación de todos los candidatos que estén en condiciones, tiene de valor que la institución universitaria no cierra sus puertas a quienes puedan beneficiarse de ella, pero al mismo tiempo la realidad pone de relieve que en la medida en que aumentan los estudiantes, como esto suele acontecer sin un paralelo aumento de medios en la universidad, aquéllos se encuentran peor atendidos. En las universidades colegiales o de limitado número de alumnos nos encontramos con que la universidad no extiende su influencia a todos los que de ella podrían beneficiarse, pero en cambio aquellos que pertenecen a la institución universitaria reciben una formación de mejor calidad. En general, las universidades más prestigiosas son

aquellas en las cuales actualmente está limitado el número de alumnos.

En cuanto al profesorado, dos tipos de problemas se pueden considerar: los problemas técnico-docentes, que hacen referencia a la propia función profesoral, y los problemas de tipo administrativo y social, que se refieren fundamentalmente al problema del nombramiento del profesorado.

Por lo que se refiere a la función del profesor, en ella se proyecta la polémica, ya larga, entre la enseñanza y la investigación dentro de la universidad. Porque, en efecto, el profesor de la universidad ha de ser, por definición, un hombre de vocación intelectual, es decir, un hombre dedicado al conocimiento de la verdad, pero en tanto que el profesor ha de estar dedicado no sólo al conocimiento, sino también a la difusión de la verdad, es decir, hacer que otros participen en ella. He aquí, pues, dos horizontes que se le presentan al profesor universitario: la enseñanza propiamente dicha y la investigación.

Es bastante frecuente contraponer la figura del profesor docente a la del profesor investigador, cuando en realidad una y otra se hallan estrechamente vinculadas, porque, como dice con toda razón el profesor Albareda, «profesar la enseñanza en un grado superior exige una profesión activa de la ciencia, ya que, al crecer ésta, la sola aptitud para transmitir unos conocimientos fijos pronto quedaría recargada del nivel superior. Hay que estar al día. Y esta posesión activa de la ciencia lleva a la investigación. Por eso la universidad enseña y descubre, transmite e investiga la ciencia».

En las anteriores palabras se dice que un profesor sin capacidad de investigación difícilmente puede ser profesor universitario. Pero no resuelve la antinomia que aparece en el *hecho* de la enseñanza y en el de la investigación, porque mientras la enseñanza requiere un contacto social—el de nuestros discípulos—, la investigación pide más bien aislamiento social para entregarse a la relación con el objeto del conocimiento. También con gran razón escribía Newman: «Investigar y enseñar son distintas funciones... El común

sentir de los hombres ha asociado la investigación de la verdad con la soledad y la quietud. Los grandes pensadores han andado siempre demasiado enfrascados en sus problemas para admitir interrupciones; han sido hombres de alma ausente y hábitos especiales, y evitaban los auditorios y las cátedras.» Parece que mientras se está investigando no se puede enseñar y mientras se está enseñando no se puede investigar.

Si se considera, no obstante, que también el investigador requiere la comunicación con otros para que tenga eficacia y vida su propio pensamiento, podríamos suponer que la aparente incompatibilidad entre docencia e investigación pudiera resolverse. El mismo profesor Albareda indica una solución: «Entre investigación y docencia viene a haber, no de un modo preciso, la relación que existe entre aprender y enseñar. Para enseñar hay que aprender, y aprender bien; aprender más y mejor. Enseñar es a su vez uno de los más eficaces métodos de aprender. Así, una fecunda docencia se nutre de la investigación ajena y propia, de la corriente investigadora. Y a su vez, en el panorama de la docencia en el desarrollo de cursos y tratados, en los trabajos doctrinales en que una cuestión se pone al día—todo ello son manifestaciones de la docencia—, surgen y se perfilan los temas de la investigación... Pero investigar y enseñar son tareas distintas y vocaciones que a veces se compenetran, pero otras veces marchan disociadas... Entre los que investigan hay quienes lo hacen individualmente; desarrollan su tarea docente, y al margen de toda relación escolar, como trabajo estrictamente personal, disociado de todo magisterio, trabajan con interés en los temas científicos que los atraen. Producen investigación, pero no dan discípulos... Pero hay docentes que lo son cuando investigan, y en torno a cada uno de ellos existen alumnos postgraduados, jóvenes con inteligencias concentradas en el programa de trabajo que traza el profesor... Allí no está ya el docente investigador, sino además el docente de la investigación, el que forma y dirige y compenetra, y puede así multiplicar y ramificar un programa de realizaciones científicas.»

Como resumen, se puede decir que el profesor universitario necesita la doble inquietud y la doble vocación de la docencia y de la investigación; mas, para que su labor sea eficaz, tendrá que hacer de la investigación un elemento de la docencia.

LA ACTIVIDAD UNIVERSITARIA.

La tarea de la universidad tiene como base la relación maestro-alumno en función de la formación cultural del estudiante. El primer problema que se plantea es el de poner en contacto al estudiante con el campo científico a que se va a dedicar, contacto que no se concibe únicamente en cuanto tangencia superficial, sino más bien como lazo de unión que vincule de un modo permanente la atención del alumno a los problemas científicos, lo que en otros términos se diría despertar y mantener el interés por la ciencia.

Tal relieve adquiere en la enseñanza universitaria esta primera posesión mutua de una ciencia y el nivel estudioso, que en todas las facultades existen cursos generales con valor propedéutico, mediante los cuales se intenta dar al estudiante un panorama completo del campo científico que ha elegido. En muchas facultades de Filosofía se profesa una asignatura especial, de valor propedéutico, con el nombre de Introducción a la Filosofía.

En tal introducción o primer contacto no se intenta sólo suministrar conocimientos que orienten en un nuevo campo del saber, sino que también faciliten la adquisición de hábitos de estudio y trabajo que hagan posible y eficaz la dedicación a una materia científica.

Posteriormente al problema de la introducción, la obligada reducción didáctica de toda ciencia—es imposible enseñar todo a todos—tiene por una parte el peligro de la superficialidad si se pretende enseñar toda la materia científica; por otra parte, está el peligro de la fragmentación si sólo se estudian determinados problemas. La única solución que armoniza los dos extremos es la organización de cursos generales y de cursos especiales.

Los cursos generales tienen como objetivo el servicio de la unidad entre los diferentes campos de la cultura, neutralizando una posible especialización exagerada y prematura. Desde el punto de vista de la formación cultural del estudiante, es imprescindible que en su espíritu, entre la multitud de adquisiciones intelectuales, se produzca la unidad, el orden, la organización frente a la pluralidad inconexa de conocimientos y al unilateralismo exclusivista.

Pero los peligros del unilateralismo no deben precipitar, en el extremo opuesto, en un generalismo superficial, con el que los estudiantes adquirirían una apariencia de ciencia, quedando realmente en la más desoladora vaciedad de espíritu.

Con los cursos generales han de coexistir cursos especiales, cuya finalidad es la de estudiar algunos problemas particulares con la máxima profundidad, compatible con la capacidad de los alumnos, descubriéndose todas las cuestiones implicadas en un determinado problema y todos los puntos de vista desde los que puede ser examinado. Se ha de estudiar de una manera exhaustiva algún problema científico para que el espíritu de los estudiantes no se acostumbre a la frivolidad, capaz de únicamente de producir frutos brillantes, pero sin consistencia.

Aún tienen los cursos especiales una finalidad más estrictamente didáctica. La experiencia vulgar manifiesta que, cuando los temas son estudiados con mayor profundidad, despiertan más interés y atraen la atención con mayor fuerza, de donde se sigue que el estudio detenido de un determinado problema científico es más apto para introducir en la ciencia que un panorama superficial completo, porque aquél atrae más el interés.

En la enseñanza, profesada tanto en los cursos generales como en los especiales, caben dos formas fundamentales: o se presenta la doctrina como algo ya elaborado previamente y emanando directamente del profesor, o se pone a los escolares en contacto directo con las fuentes de la ciencia, ya sean éstas fuentes bibliográficas o fuentes experimentales. En el primer caso, la enseñanza tiene como base principal

la explicación del profesor; en el segundo, es la realidad experimental o las fuentes científicas bibliográficas quienes desempeñan el principal papel.

No son antagónicas estas dos formas de docencia; antes al contrario, ambas son necesarias y se complementan, pudiendo considerarse como expresión del humanismo y del realismo en la enseñanza universitaria.

Como expresión del más profundo humanismo, está la idea—que ya Platón exployó en el *Fedro* acerca de la supremacía de la función docente sobre la del escritor—de que la más profunda realidad educativa se da en el contacto personal entre el maestro y el discípulo sin intermediario alguno. Mas, por otra parte, si en algún nivel de enseñanza se ha de tener como finalidad la de poner al estudiante en condiciones de proseguir su formación científica después de abandonar las aulas, es en la universidad; de aquí la absoluta necesidad, aunque no hubiera otras razones, de que el estudiante se enfrente con las fuentes científicas con objeto de que sepa avanzar por su cuenta en el camino de la ciencia. La lectura de textos en las enseñanzas de tipo humanista, la experimentación en la de tipo realista, son posibilidades claras del contacto del estudiante con las fuentes de la ciencia.

Por otra parte, también en la actividad universitaria tiene cabida el principio de la actividad del discípulo. Tarea del profesor es provocar la actividad del estudiante, que, si bien lógicamente se distingue con claridad de la del docente, en la realidad universitaria se presenta en muchas ocasiones como una realidad simultánea.

El principio de la actividad ha puesto de relieve una vez más el valor educativo del diálogo como medio de despertar inmediatamente la actividad del alumno. En principio, la superioridad del diálogo sobre el monólogo, como procedimiento de enseñanza, está reconocida universalmente. Pero esta superioridad teórica no es suficiente; en la cuestión de hecho, en cuanto a posibilidad de realización, ¿cabe decir lo mismo? La observación dice lo contrario: es mucho

más abundante el empleo del monólogo que el del diálogo en nuestros centros docentes.

La dificultad del diálogo estriba tanto en el profesor como en el estudiante. No sólo es menester que el maestro reúna determinada habilidad para dirigir preguntas y recibir contestaciones, «cosa que pocas personas pueden permitirse»². Es preciso también que el estudiante posea una preparación suficiente que le haga capaz de «llevar una conversación», según se dice en el lenguaje corriente. Un diálogo de tipo científico se mantiene con dificultad si el discípulo no posee determinadas ideas y determinados conocimientos del vocabulario científico³. Se prolongaría indefinidamente una enseñanza transmitida únicamente por medio del diálogo.

La forma positiva por parte del profesor es imprescindible, pero en este caso corresponde al docente comprobar de alguna manera la eficacia de su labor; se presenta como obligación del docente la exploración del intelecto de los alumnos, con lo cual nos encontramos de manos a boca con el problema de los exámenes.

Existe todavía una forma más acusada de trabajo estudiantil, que responde a tres finalidades específicas: la de incorporar activamente a los escolares a las tareas de estudio particular, la de iniciarlos en la colaboración intelectual y la de prepararlos para la investigación. Esta forma de trabajo se realiza a través de los seminarios.

En el seminario, lo esencial es la colaboración de maestros y discípulos en el trabajo científico; lo accidental son las diferentes formas en que la tarea pueda realizarse: ponencia única o múltiple, lecturas y comentarios, acopio de datos, investigaciones históricas o reales. Aún podría decirse que

² Platón pone las palabras entrecomilladas en boca de Sócrates en el *Proctágoras*.

³ Contestando a Sócrates el Extranjero de Elela en *El Sofista*, le dijo que en la explicación científica, «si se trata de un interlocutor asequible y de buena voluntad, es de preferir el diálogo; si no, el monólogo». La asequibilidad, a mi modo de ver, tiene una dimensión moral, pero también otra intelectual.

en el seminario la misión del profesor es puramente directiva, dejando incluso, cuando la formación científica de los participantes lo permita, la iniciativa a los escolares, con lo que se tiene un precioso dato para determinar la vocación científica peculiar de cada estudiante.

Por parte de algunos ⁴ existe la idea de que los seminarios son para los alumnos «aprovechados», a quienes en principio se les supone capaces de dedicarse posteriormente a la investigación.

Es éste un concepto verdadero, pero parcial, del seminario. Los estudiantes no brillantes también tienen su papel en los seminarios con un doble sentido: en primer lugar, porque también ellos, si son dignos de estar en la institución universitaria, tienen derecho al contacto directo y a la tutoría científica del profesor, que con ningún procedimiento se realiza mejor que por medio del seminario; en segundo lugar, porque el seminario, por medio del trabajo estudiantil dirigido, prepara a los escolares prácticamente para la autodidaxis ⁵.

Una autodidaxis preparada por el estudio anterior bajo la dirección de un maestro provoca la fuerza de pensar y el verdadero desarrollo intelectual, evitando, en gran parte, los inconvenientes de los autodidactas puros: lagunas, desigualdad en los conocimientos, parcialidad en los juicios, visión inexacta del conjunto.

La finalidad del seminario más universalmente puesta de relieve es la iniciación en la investigación.

Dos funciones integran la iniciación en la investigación:

⁴ Monroe, en la *Cyclopedie of Education*, dice de la palabra *seminar* que denomina «un grupo de estudiantes aprovechados en las universidades, dirigido por profesores que tienen como fin la investigación».

⁵ El padre Chellinck, en *Les exercices pratiques du « séminaire » en Théologie* (París, 1934), dice que «lo que llama la atención (en los seminarios) es la nota práctica, opuesta a la autodidaxis, que todos se esfuerzan por hacer entrar en la enseñanza». En realidad, esto no se opone a lo dicho por mí, ya que, mientras el estudiante asiste a la universidad, debe practicar el estudio dirigido, opuesto a la autodidaxis, pero que prepara para ella; y la autodidaxis será necesaria cuando el escolar haya abandonado las aulas universitarias.

el aprendizaje del uso de los métodos científicos y la función de crítica. Uno y otra son la expresión más alta de la intelectualidad, y por una de esas frecuentes paradojas de la Pedagogía, no se puede aprender teóricamente, sino de un modo práctico: investigando y criticando se aprende a investigar y a hacer crítica. No parece que haya método superior al de zambullir al estudiante en un trabajo de este orden para que aprenda a realizarlo.

La antinomia existente entre el aprender a hacer una cosa y hacerla antes de que se haya aprendido no es de difícil solución. Se exige, desde luego, una previa preparación científica a los escolares que han de arribar a las tareas investigadoras; este fundamental bagaje científico, junto con la observación atenta de un proceso de investigación, da al estudiante una intuición, confusa tal vez, pero suficiente de lo que ha de ser su trabajo. La realización de éste con las correcciones y orientaciones que «sobre la marcha» indique el profesor llevarán al escolar al conocimiento claro y actuante del método científico.

En cuanto a la preparación para la función crítica, pudiera decirse lo mismo, *mutatis mutandis*, que de la preparación para la investigación.

La tarea del seminario no acaba con el aprendizaje de la adquisición de ideas, bien sea investigando o estudiando por cuenta propia o en colaboración; entra también en su misión el desarrollar en los estudiantes el arte o la capacidad de exponer las ideas fruto del estudio.

El desarrollo de la capacidad de exposición oral o escrita persigue dos finalidades: una próxima y otra lejana. La finalidad inmediata está en la precisión y claridad que adquieren las ideas sometidas al rigor de una exposición obligada, y la finalidad lejana está en la capacidad de influencia social que proporciona el saber exponer con claridad el propio pensamiento.

No es despreciable, ni para olvidar por parte del docente, esta última finalidad, puesto que normalmente, en el ambiente universitario, se han de formar las cabezas rectoras de la nación, según ya dije anteriormente.

En mi opinión, la *disputatio* escolástica tiene su marco adecuado, en el que puede desenvolver todo su valor formativo, en la exposición y crítica oral, dentro de los seminarios.

Resumiendo, en los trabajos de seminarios encontrarán los alumnos una triple adquisición: la de la verdad atendida, la del método por la que llegarán a adquirirla y la del medio de exponerla ⁶.

Una última cuestión. Dada la diversidad de alumnos que concurren a una clase en la que, naturalmente, se da una enseñanza colectiva, y, por otra parte, la necesidad de que la enseñanza se adapte a la situación peculiar de cada alumno, se plantea el problema de elegir la situación o capacidad intelectual que se toma de base de la enseñanza. En su dimensión práctica, este problema se reduce a la elección entre la capacidad media, la superior y la inferior como punto de partida para una enseñanza colectiva.

En los establecimientos educativos de tipo general—escuelas primarias, por ejemplo—, donde todo escolar, cualquiera que sea su nivel, tiene «derecho» a la educación, parece que la solución honesta es tomar como base los alumnos llamados comúnmente los «peores», al objeto de que no se desarrollen complejos de inferioridad, resentimientos, envidias, que darían por resultado el alejamiento espiritual de esos escolares y el maestro, truncando totalmente la tarea educativa ⁷.

En la universidad, donde el acceso y las enseñanzas están condicionados por una serie de exigencias de tipo intelectual, el docente no puede olvidar éstas en beneficio de los alumnos que no tengan la preparación o capacidad exigida, que no alcancen ese algo sutil, de imposible expresión exacta, que se llama nivel universitario.

El problema está en delimitar ese «nivel universitario», cuyas dos manifestaciones por parte de los alumnos están

⁶ Las dos primeras adquisiciones están señaladas en el libro del padre Chellinck antes citado. Creo que la tercera merece también ser puesta de relieve.

⁷ Vid. lo que sobre este tema dice G. Lombardo-Radice en *Lecciones de Didáctica*, págs. 36-39. Barcelona, 1933.

en la aptitud para el estudio y en el caudal de conocimientos que poseen. También por parte del docente se manifiestan en un doble aspecto: el contenido material de la doctrina y el aspecto formal de la enseñanza.

Parece, por tanto, que el nivel será una obra conjunta de maestro y discípulos; así es, en realidad. Pero conviene advertir que el docente es quien con mayor peso determina el nivel de la doctrina e influye en la evolución intelectual de los alumnos, desarrollo de capacidad y aumento de caudal científico.

En definitiva, el papel del profesor es decisivo en creación de nivel universitario de una enseñanza; no es, pues, exagerado decir que el profesor crea el nivel de su clase. Como un corolario de la precedente afirmación, se nos presenta la de que el profesor es a su vez quien conserva el nivel de la clase.

Por otra parte, el cultivo de la «excelencia» intelectual, así como la formación de personalidades rectoras del ambiente social, exigen un cuidado particular de los alumnos de más alto nivel.